

EL CONVERSO

Cuando los teléfonos móviles se hicieron con el poder y suyos fueron la mayoría de los oídos ciudadanos, yo ya formaba parte de una rara —en mi caso exquisita— excepción, la de la gente que repudiaba con furia la nueva e invasiva telefonía —un medio de transmisión inalámbrico a través de ondas electromagnéticas que colonizó a velocidad digital las techumbres más altas de nuestro planeta—, significándome como un ser extraño, antisocial, que rechazaba el uso de los celulares —aprovecho para enviar un saludo a mis amigos de América— y que manifestaba al mundo, orgulloso y beligerante, que no tenía ninguna necesidad de hervirse literalmente el cerebro, por larga y caliente que fuera la conversación telefónica que pudiera mantener, alguien que nunca envío, ni jamás enviaría, SMS alguno. Ni siquiera de prueba. Ni estando borracho. Ni gratis. Ni mucho menos pagando. Ni durante la asfixiante jornada laboral. Ni en la noche de fin de año. Ni aunque hubiera sido la imprescindible ayuda necesaria para echar el polvo de su vida... Y soy consciente de la fuerza y contundencia, quizá exagerada, de este último argumento, pero entiéndase que en aquellos días mi existencia estaba dedicada en su totalidad a la objeción analógico-fundamentalista de la telefonía móvil (con decir que me compré un amplificador de válvulas para guitarra —y no tengo la menor idea de sacar nota alguna al tal instrumento— por el puro placer de reivindicar la electrónica de las lámparas). Además, ya se sabe, el mejor polvo de la vida deja de serlo al día siguiente de haberlo disfrutado. Algo parecido a lo que suele suceder con el amor, que se va follando.

Así que nada hacía pensar que, por culpa de un móvil, por culpa —bendita culpa— de un *smarphone* que me regaló mi empresa hace cuatro años —con la advertencia de un despido fulminante si no lo utilizaba—, acabaría enganchado a Facebook, a Twitter, a Badoo, a SoundCloud, a Google+, a Instagram, a LinkedIn, a WordPress, a Whatsapp, a Spotify, a Flickr, a YouTube, a Vimeo, a Pinterest... y a todo lo que me tenga que venir. Felizmente enganchado, obsesivamente enganchado, apasionadamente enganchado a lo que ahora es el aliento, la arquitectura, la sustancia de mi vida verdadera. Disfrutando de la continua navegación a través de las múltiples redes sociales que me ofrece Internet, la madre red, en cualquier momento del día o de la noche, sintiendo que allí están ellas, esperándome siempre fieles, siempre dándome la bienvenida, sabiendo que esos entes complacientes si alguna vez desfallecieran, me defraudaran o desaparecieran, otros, aún mejores, vendrían a sustituirlos. Y es que no hay mayor entrega, y por ello mayor felicidad, que cuando ofreces toda tu vida a los demás, a la inmensa mayoría, como Blas de Otero, que comprendió y rompió todos sus versos, como yo, que lo entendí y me abrí mi primera cuenta de Facebook. Qué me importa que mi intimidad desaparezca y lo sepan todo sobre mi persona, si a cambio no me falta amistad, amor, música, sexo, trabajo, póquer o poesía. Qué me importa si cualquier imbécil, cualquier lerdo descerebrado tiene la oportunidad de dejar su necia opinión entre mis predios informáticos, si justamente la perfección consiste en saber que no existe. Qué me importa que los de Amazon conozcan la marca de calzoncillos que el mes pasado les compré, si antes la señora Montserrat también la conocía cuando se los compraba en su *botiga*. Qué me importa que de vez en cuando me censuren, activa o pasivamente, si lo que a mí me priva es que alguien me preste atención, me atienda y esté pensando en mí... ¿Pero es que no os habéis dado cuenta? Las redes sociales nos aman, mecen nuestras vidas y consiguen que seamos los protagonistas de un bolero sin fin. Entonces, entendedlo, qué más da si el amor se va follando.

El cuento estaba finalizado. Pero yo no estaba tranquilo ni, mucho menos, satisfecho. Había intentado con anterioridad escribir otras cosas, con tramas diferentes, cuentos con personajes, a ser posible, originales, pero acabó saliendo esto, que ni me contentaba ni me tranquilizaba, además de sentirme avergonzado por mi falta de responsabilidad: dispuse de tres meses para llevar adelante el trabajo, mas lo principié cuando solo faltaban cuatro días para que finalizará el plazo de entrega... Como hago en otras ocasiones con mis textos, decidí enviárselo a un amigo, poeta y dipsómano además de profesor de literatura, acompañado de una breve nota en la que refería mi inquietud respecto a su idoneidad para una antología de relatos de asunto cibernético y con tintes humorísticos. No me resisto a transcribir su respuesta, que acabó dándome la solución al problema:

Mi querido Juan: Contesto a tu demanda como si tomase recado de escribir —papel de barba y pluma estilográfica—, cual a epístola culta conviniera, pues docta es la labor que me encomiendas, aunque dudo mucho de mi solvencia intelectual —ya sabes, el orujo mañanero, la cerveza Sanfrutos a la hora del Ángelus, los cigarrillos de mariguana vespertinos... acaban deteriorando fatídicamente la singular inteligencia literaria que uno tal vez tuviese en otros tiempos, más jóvenes y menos descreídos— para llevar a buen puerto mi labor de crítico amical y, sin embargo, despiadado. Helo ahí, el quid de la cuestión. Si dudo de mí, y de mi circunstancia, cómo no voy a dudar, amigo mío, de los demás y sus respectivas condiciones, cualesquiera que estas sean. Mas, como dijera el docto padre de Sanchidrián: jamás de los jamases escribióse página alguna acerca de un capón espantadizo, y a pesar de la sentencia recurrente de la abuela María: más vale que digan de aquí se volvió un cobarde que allí se murió un valiente —cosas del pragmatismo sabio de las gentes del campo—, aquí me tienes dispuesto a la exégesis, la glosa y, si fuera menester, el zurriagazo inmisericorde, y observa que uso el subjuntivo no sólo por la benéfica influencia de don Álvaro Cunqueiro sino también porque aún no me he echado a la vista los folios que ayer me remitiste a la espera de mi diagnóstico erudito: ya ves, donde dije diga digo daga o diego o dogo, o sea que soy ligeramente mutable y cambiante. No importa. En plazas más difíciles hemos toreado. ¿Por qué no voy a ser capaz de enjuiciar tu relato sin habérmelo leído? O tal vez no. Tú verás y dirás cuando demos fin a este despropósito: yo el de escribir y tú el de leer.

Esa narración que has pergeñado, aunque quizá cuadrarse mejor decirle apólogo pues no está exenta de dimensión moral e, inclusive, didáctica, es espontánea y alegre, hasta trivial y dicharachera. Bien escrita, por supuesto, sería del todo imposible que el poeta Juan López-Carrillo atentase contra los principios de la gramática, aunque no estoy tan seguro en lo que a la sintaxis se refiere, bien escrita, digo, y dotada de ese humor oscuro y acre, sin llegar a bilioso —que suele ser carácter de quienes castigan con escasez el cuello del ganso—, tan propio de tu poesía. Y se ajusta a las premisas que el editor demanda, sin duda, aunque tal vez con excesiva evidencia. No obstante, témome, y es suposición a ciegas, nacida, como todo lo de suso escrito, de la intuición que no de la experiencia o el conocimiento, que no se trate de lo que la preceptiva —sí, ya sé que tú te cagas en la preceptiva, en la oratoria y hasta en el misterio de la transmutación— considera un cuento. Si es que es eso lo que pretendías escribir, que no estoy muy seguro. Más que cuento, invención o conseja, es disertación esperpéntica sobre usos y abusos, coherencias y contradicciones de nuestros hábitos cibernéticos. Que no es moco de pavo mallorquín. Tal vez sea un artefacto literario, como nombra a los suyos nuestro común Ramón García Mateos, que es lo que escriben como cuentos quienes no saben devanar un hilo narrativo ni construir coherentemente un personaje. Qué se yo. Tal vez me aclare algo cuando lo haya leído.

Respecto a tu incertidumbre sobre su validez para el libro al que se destina, me veo incapaz de dar respuesta argumentada. Debiera conocer el denominador común de las demás narraciones, debiera saber el propósito editorial y, sobre todo, debiera de haber, al menos, hojeado tu obra. Como no se da ninguna de estas circunstancias, sólo se me ocurre una solución para calmar tu desasosiego. Publica ese texto en *feisbuc* y espera. En un par de días computa el número de *liques* y si superan el centenar —si lo duplican ni te digo—, es que cuentas con el favor del público lector, así que adelante y que salga el sol por La Mussara, que pillá cerca de tu casa. Luego los críticos y los *pedantones* universitarios dirán las mismas tonterías de siempre, pero tú estarás a salvo tras la salvaguarda de la estadística. Espero haber colmado las expectativas puestas en mi autoridad. Tuyo y amigo siempre: R.G.C.

A mí, dejando de lado las invectivas gratuitas y la incoherencia de algunos de sus argumentos —el alcohol hace mucho daño—, me satisfizo el consejo de mi amigo. Y así lo hice. Y me fue bien —140 «liques», que no está nada mal, y miré con otros ojos, ya de orgullo, a mi «converso»—. Y esa es la razón de que ahora me estén ustedes leyendo.